

Crítica de teatro

Solo nos queda el lenguaje

«TIERRA DE NADIE» ★★★★★

Autor: Harold Pinter. **Traducción:** Joan Sellent. **Dirección:** Xavier Albertí. **Escenografía:** Lluç Castells. **Vestuario:** María Araujo. **Iluminación:** David Bofarull. **Intérpretes:** Lluís Homar, Josep Maria Pou, Ramon Pujol y David Selvas. *Naves del Español en el Matadero. Madrid.*

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

Esta obra maestra de Harold Pinter transcurre en un territorio movedizo roturado por las huellas de tres colosos. Nos encontramos con la vastedad angustiosa y el humor en sordina de Samuel Beckett, la lógica elástica y rigurosa del lenguaje patentada por el reverendo Lewis Carroll y la presencia como numen tutelar de T. S.

Eliot, cuya hondura poética sobrevuela este texto prodigioso. «Tierra de nadie» (1975) es una reflexión sobre el lenguaje y su poder de articulación de lo personal y lo plural, una historia de reencuentros y lucha por el territorio de la memoria, y un pulso de vacilaciones y viajes del eterno presente incierto al pasado acomodable, abordado desde perspectivas diversas.

La ambigüedad y misterio nutren la atmósfera en la que el escritor británico hace moverse a sus criaturas, alimentadas por un caudal subterráneo de incertidumbre y juego. Dos hombres -Spooner, poeta hablador y desharrapado, y Hirst, escritor dipsómano y demente, apartado de la vida social- comparten una noche de alcohol y palabras en la mansión del último. En la primera parte de la función parece que se acaban de encontrar en un pub, en la segunda podrían ser vie-

jos conocidos que hablan de un pasado común antes de la guerra. Con Hirst viven dos hombres que lo cuidan, ejerciendo de mayordomos, guardaespaldas y tal vez alguna otra labor, Foster y Briggs, que miran al visitante con recelo y amabilidad amenazante, quizás viendo en él a un posible usurpador.

Las preguntas se acumulan. Puede que Spooner y Hirst sean dos caras de una misma moneda distópica y autobiográfica lanzada al aire por Pinter, que jugara a imaginarse en la lucidez atorrante del escritor sin éxito y, a la vez, en la demencia alcohólica del hombre de letras víctima de su opulencia. «Solo nos queda el lenguaje», afirma Spooner, amarrándose a él como timón con el que gobernar el presente y reafirmar su existencia.

Sobre la pasarela del escenario, flanqueado por las dos tribunas donde se coloca el público -elegante y esclarecedor el decorado de Lluç Castells, y finísima la iluminación de David Bofarull-, Xavier Albertí vierte con

tanto mimo como intensidad el desconcierto, las sorprendentes variaciones de ritmo, los ecos evocadores de esta obra difícil y exigente, en la que si el lenguaje importa, no menos peso tienen los silencios, como queda patente en la esgrima dialéctica de Spooner y Hirst.

Lluís Homar, magnífico, encarna al primero en un trabajo memorable, de astuta facundia expresiva, pura estrategia de superviviente. Y Pou es un huracán anfitrión progresivamente abotargado por el vodka y el whisky, en un ejercicio de precisión milimétrica: sabe escuchar con los colmillos asomando bajo el belfo beodo y luego pasar de la energía del hombre de mundo al derrumbamiento. Junto a ellos, Ramon Pujol y David Selvas son los inquietantes Foster y Briggs, dos estupendos mastines con las sombras del mundo exterior a sus espaldas. Un gran montaje.



ABC - 24/1/2014